

La luz de la Reina

Lumen

Reinado 
de María

Reginae

N. 19-NOVIEMBRE 2021



"Descansad

en Dios, solo en Dios, en los
brazos de su Providencia".

(P. Rodrigo Molina)

¡CUANDO
LA PROVIDENCIA
SE HIZO MADRE!

En la Escuela del
Inmaculado Corazón.

PIENSA EN MARÍA,
INVOCA A MARÍA.
SAN BERNARDO DE CLARAVAL

Testigos de la
Inmaculada.

LA SANTIDAD
DE DIOS

Al Encuentro con
el Dios Uno y Trino.



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 19
Noviembre 2021

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios en el Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMar%C3%ADaRM

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

Cuando la Providencia se hizo Madre



07

ALMA MARIANA

La Medalla Milagrosa



08

VICTORIAS DE MARÍA

El Milagro de Hiroshima



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

San Bernardo de Claraval



12

MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a la adoración



14

TOTUS TUUS
SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

La generosidad de María



16

REINADO DE CRISTO

"Vendrá a juzgar a vivos y muertos"



18

AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO

La Santidad de Dios



¿Deseas la santidad?

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

Noviembre es un mes especialmente dedicado a la Santidad... Se abre con la Solemnidad de Todos los Santos, estos hermanos nuestros que nos han precedido, que la han alcanzado, que nos muestran que esto es posible, con la ayuda de la gracia.



Para que no nos falte esta gracia, Dios nos brinda en noviembre dos momentos fuertes, como dos alas en nuestra devoción mariana, pues María es Mediadora maternal de todas las gracias: el día 19, la Virgen de la Divina Providencia; y el 27, la Medalla milagrosa.

El Padre Rodrigo Molina, inspirador del Reinado de María, comenzaba siempre sus preguntas de dirección espiritual con esta cuestión clave: ¿Tienes deseos de ser santo...? ¿Deseas la santidad?

¡El deseo! ¡Qué importante es! De poco servirán nuestros argumentos si no se despierta el apetito, el amor.

Por eso lo que te exponemos en esta humilde revista, deja que cale no solo en tu mente sino sobre todo en tu corazón, como caló en los pequeños pastorcitos de la Cova da Iría. Y todo gracias a la Virgen Santísima, que es el encanto de Dios. María es enamorante 'a lo divino'. Deja que Dios te dé un toque por mediación de tu Madre, la Reina de todos los Santos.

Podríamos aplicar a la santidad lo que dice San Agustín: *“Si crees, vendrás; si amas, te sentirás atraído. No supongas una violencia áspera y penosa; todo es dulzura, suavidad; la suavidad misma te atrae. ¿No se siente atraída la oveja cuando le ofrecen*

hierba para calmar su hambre? No hace falta empujar su cuerpo, el deseo la arrastra. Así es como tú vienes a Cristo. No pienses en un largo viaje: Cree y ya has llegado” (PL 38. Sermón 131).

La santidad no se puede imponer. Es como el enamoramiento, fruto de un encuentro personal con Dios, en la Fe. Y de una perseverancia en el día a día.

Seamos como los niños, que se abandonan en la Providencia (que nuestro Padre tiene sobre la Historia y sobre tu historia), confían en su Madre. Tanto más se alcanza cuanto más se espera de María.

CUANDO LA PROVIDENCIA

se hizo Madre



El 19 de noviembre celebramos a Nuestra Señora de la Divina Providencia, Patrona Principal de Puerto Rico.

La advocación no es originaria ni exclusiva de este hermoso país. Surgió en Italia en el siglo XIII, fue muy difundida y popular y, posteriormente, pasó a España donde se le levantó un santuario en Tarragona, Cataluña. Cuando a mediados del siglo XIX el catalán Mons. Gil Estévez y Tomás fue nombrado Obispo de Puerto Rico, llevó consigo esta devoción que conocía y amaba desde sus años de seminarista.

Mirémosla. María se inclina sobre el Niño que, en actitud total de confianza, distendido, sin reparo alguno, duerme plácidamente en el regazo que lo acoge. Las manos de la Virgen se unen en oración mientras sostiene, suavemente, la mano izquierda del Divino Infante. El conjunto sugiere ternura, abandono, devoción y paz.

Leemos en la Sagrada Escritura que «de tal manera amó Dios al mundo que le envió a su Hijo Único para que por Él tengamos la Vida eterna» (Jn 3, 16) y también: «así cuando se cumplió el tiempo envió Dios a su Hijo nacido de una Mujer para que recibiéramos el ser hijos por adopción» (Ga 4, 4).

María es Madre providente

Cuando Jesús se hizo hombre, empezó a depender de las criaturas. Dios, el Autor de la Vida, recibió su vida humana de la Virgen María. Dios, el Proveedor de todo sustento y alimento, quiso ser alimentado, criado por la Virgen Santísima.

Por su Maternidad divina, María quedó constituida *Providencia* para el Hijo de Dios porque el mismo Dios así lo dispuso. Pero la Virgen ha sido *Providencia* no solo para su Hijo Jesús sino que lo es para todos nosotros. Ejemplo de ello es el acontecimiento del Evangelio de las Bodas de Caná (Jn 2,1-11). Durante ellas viene a faltar el vino. Entonces María se dirige a Jesús con estas palabras: «*No tienen vino*». María es la Madre de la Divina *Providencia* porque cuida de nuestro acontecer humano. Jesús responde a las palabras de su Madre: «*¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora*». Sin embargo, a pesar de la respuesta (que parece negativa), la Madre de Jesús dice a los sirvientes: «*Haced lo que él os diga*». Y, en efecto, Jesús ordena a los criados llenar las tinajas de agua, que se convierte en vino. Ante ello nota el evangelista: «*Así en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos*».

En las palabras: «*Haced lo que él os diga*», se desvela la función esencial de María, que es conducir a los hombres hacia la

Voluntad del Padre manifestada en Cristo. Ella con su palabra, pero sobre todo con su ejemplo de obediencia perfecta al designio de la *Providencia*, sigue indicando a cada hombre el camino a seguir. Como si dijera: escuchad su Palabra, porque Él es el enviado del Padre (cf. Mt 3, 17); seguidle con fidelidad, porque Él es *el camino, la verdad y la vida* (cf. Mt 5, 13-16); sed operadores de paz, de justicia, de misericordia, de limpieza de corazón (cf. Mt 5, 1-2); ved en el hambriento, en el enfermo, en el forastero la presencia de Cristo que reclama ayuda (cf. *Ibid.*, 25, 31-46).

Y ¿qué significa *Providencia*?

Providencia es un atributo divino. Significa que Dios tiene un cuidado solícito y paternal por el bien real y verdadero de cada uno de nosotros. Y que guía cuidadosamente con cariño y con poder nuestra vida por los caminos que Él sabe y que muchas veces nosotros no comprendemos que son para nuestro mayor bien.

Jesús, en el sermón de la montaña, habla de la Divina *Providencia* cuando dice: «*Mirad los pájaros del cielo, que no siembran ni cosechan ni recogen en graneros y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta a*

todos. ¿Acaso vosotros no valéis mucho más que todos ellos? Por lo demás, ¿quién por su mucho cuidado puede añadir un solo día a su vida? También mirad los lirios del campo...». Expresa el cuidado paternal y maternal de Dios por nosotros.

Nos enseña el P. Molina:

«*E*star bajo la mirada de Dios, bajo el manto regio de su *Providencia*, significa no estar expuesto a las desmesuras de la naturaleza bruta, ciega, que no sabe de nosotros y que es fría e indiferente a nuestro destino y, por ello, sentimos angustia, temor, terror.

La bondad de Dios no puede permitir algo que no sea para un mayor bien. El dolor, la quiebra, el fracaso, la muerte, no se escapan de esta regla universal de la Providencia de Dios. Tú también estás destinado para algo grande y eterno. La vida de ningún hombre es, por lo mismo, banal, mezquina, despreciable. Tú no te puedes amar más que Dios te ama: Confía en Él. La eterna e inmensa compasión y amor comprometido de la Providencia es tu completo y perfecto seguro».

Mirémosla. María se inclina sobre el Niño que, en actitud total de confianza, distendido, sin reparo alguno, duerme plácidamente en el regazo que lo acoge. Las manos de la Virgen se unen en oración mientras sostiene, suavemente, la mano izquierda del Divino Infante. El conjunto sugiere ternura, abandono, devoción y paz.

Recemos, entonces, a Nuestra Señora Madre de la Divina Providencia:

«Gloriosísima Reina de los ángeles, Santísima Madre de Dios, Virgen María, auxilio de los cristianos que, invocada con el nombre de Madre de la Divina Providencia, sois iris hermoso de paz y de reconciliación entre el cielo y la tierra, nuestra poderosísima abogada ante el trono de la Divinidad y rico canal de oro por donde la Providencia de Dios comunica a los hombres los raudales de su misericordia:

Os rogamos, dulce Madre, que nos amparéis y seáis propicia en todas nuestras necesidades, y que con aquellas entrañas de compasión con que atendéis a las súplicas de los pecadores y veláis por la salvación de vuestros devotos, nos alcancéis de vuestro Hijo celestial el don de una viva fe, de una esperanza firme, de una ardiente caridad y perfecta contrición de nuestras culpas para que, arrepentidos de ellas, podamos conseguir, con vuestra intercesión, la gracia del Señor y la salud de nuestras almas.

Madre de la Divina Providencia, protege mi alma con la plenitud de tu gracia; gobierna mi vida y dirígela por el camino de la virtud al cumplimiento de la voluntad divina. Alcánzame el perdón de mis culpas. Sé mi refugio, mi protección, mi defensa y mi guía en la peregrinación por este mundo. Consuélame en las aflicciones, dirígeme en los peligros, y en las tempestades de la adversidad, ofréceme tu segura tutela. Alcánzame, oh María, la renovación interior de mi corazón para que se convierta en morada santa de tu divino Hijo Jesús. Aleja de mí, que soy débil, toda suerte de pecado, de descuido, de pereza y de debilidad.

Oh dulcísima Madre de la Divina Providencia, dirige hacia mí tu mirada maternal y, si por fragilidad o por malicia, he provocado las amenazas del eterno Juez y he amargado al Corazón sacratísimo de mi amado Jesús, cúbreme con el manto de tu protección y seré salvo. Tú eres Madre Misericordiosa; Tú, la Virgen del perdón; Tú, mi esperanza en la tierra, Haz que pueda yo tenerte por Madre en la gloria del cielo. Amén».



La Medalla Milagrosa

ALMA MARIANA

La Santísima Virgen, al aparecerse a Sta. Catalina Labourè, traía un mensaje para los hombres: *«Siento profunda alegría al prestar auxilio. Que vengan los hombres a Mí para recibir gracia, cuantas necesiten, porque soy muy generosa con los que me rezan».* Y le encargó la misión de acuñar una medalla, según el modelo que Ella misma le dio.

El P. Molina fue un gran propagador de esta Medalla Milagrosa, a la vez que daba una visión muy realista sobre la situación del mundo actual y el papel fundamental de la Santísima Virgen:

«En la Edad Media, la atmósfera intelectual que todos respiraban era la católica. Pero a partir de la Reforma luterana, de la Ilustración y de la Revolución francesa surgió una sociedad que margina a Dios. Sus esfuerzos apuntan a enaltecer al hombre, a hacerlo el único autor de su propia felicidad.»

Para salir al paso de esa fuerza amenazante, muy poderosa y eficaz, Dios se presenta al mundo moderno por medio de la Virgen tres veces: Catalina Labourè, Bernardita Soubirous y los pastorcitos de Fátima.

La revelación de la Virgen a Santa Catalina preparó las otras grandes apariciones de Nuestra Señora en Lourdes y en Fátima que han hecho un bien inmenso. Esa noche, la Virgen le habló de un medio que daba a los hombres, la Medalla Milagrosa, que se extendió tanto y tantos milagros ha hecho.

La Virgen pidió que la lleváramos con nosotros y prometió que el que así hiciera recibiría grandes favores, y que serían más abundantes para los que la llevasen con devoción, hablando de vez en cuando con la Santísima Virgen Milagrosa. Así que, animense. Ésta es la Santísima Virgen María a la que Dios ha encargado de repartir sus dones muy especialmente desde el siglo XIX».





EL MILAGRO DE HIROSHIMA

Salvados de la bomba

por el Rosario

Era el 6 de agosto de 1945. Un bombardero B-29 despegó de la isla de Tinian para tirar la primera bomba atómica de uranio sobre Japón.

A las ocho y cuarto de la mañana la bomba explotó sobre la ciudad de Hiroshima segando en un instante medio millón de vidas y causando destrozos incalculables por doquier: edificios completamente destruidos y aplastados, las personas muertas, calcinadas, horriblemente mutiladas. Desolación y caos apocalípticos.

A solo ochocientos metros



del lugar del impacto nuclear, estaba ubicada la Iglesia de los Jesuitas de Nuestra Señora de la Asunción. Los ocho sacerdotes, que vivían allí, quedaron milagrosamente ilesos.

Uno de ellos, el Padre Schiffer, contó posteriormente que tanto él como sus compañeros no solo no sufrieron ninguna lesión o herida sino que en los años posteriores no experi-

mentaron ninguna de las enfermedades, secuela de la altísima radiación a la que estuvieron expuestos. Ninguno sufrió pérdida de audición por la explosión, o cualquier otro defecto o padecimientos externos o internos, ni a mediado ni a largo plazo.

En el momento de la explosión, el Padre Schiffer tenía treinta años. En 1976, treinta y un años después, en el Congreso Eucarístico de Filadelfia, dio su testimonio ante los fieles reunidos allí.

Recordó que el día de la explosión había celebrado temprano la Santa Misa y luego se había ido a la cocina de la rectoría para desayunar. En ese instante, vio un destello de luz brillante. Al principio pensó que podría ser una explosión en el puerto cercano. Y continúa: *«De repente, una terrible explosión llenó el aire con un estallido como de trueno. Una fuerza invisible me levantó de la silla, me arrojó por el aire, me sacudió, me hizo girar dando vueltas y vueltas como una hoja en una ráfaga de viento de otoño».*

«CREEMOS
QUE
SOBREVIVIMOS
PORQUE
VIVÍAMOS EL
MENSAJE DE
FÁTIMA.

VIVÍAMOS Y
REZÁBAMOS
EL SANTO
ROSARIO
DIARIAMENTE
EN ESA
CASA».



Momentos después abrió los ojos, estaba tendido en el suelo. El único daño que sufrió fueron unas pequeñas cortaduras en la parte posterior de su cuello causadas por unos trozos de vidrio.

Sus demás compañeros sacerdotes también estaban a salvo. Pero afuera... Contempló detenidamente a su alrededor: no había absolutamente nada más que ruinas, escombros y muerte.

Los sacerdotes atribuyeron siempre ese milagro a una protección especial de la Santísima Virgen y al rezo diario del Santo Rosario a Nuestra Señora de Fátima que todos hacían. En el momento de la explosión, fue como si un escudo de defensa de la Santísima Virgen los hubiera protegido, no solo de la explosión sino de cualquier otro efecto nocivo.

Al preguntarles qué creían que fue la razón por la que se salvaron, cuando tantos miles de personas murieron, ellos no dudaron en afirmar: *«Creemos que sobrevivimos porque vivíamos el mensaje de Fátima. Vivíamos y rezábamos el Santo Rosario diariamente en esa casa».*

San Bernardo

PIENSA EN MARÍA...

INVOCA A MARÍA...

Bernardo de Clara-
val, considerado
como el «último
de los Padres de la Iglesia»
por el inmenso influjo de su
vida y enseñanzas, nació en
el castillo de Fontaine-les-
Dijón, en Borgoña, Francia,
el año 1090. Fue el tercero
de siete hermanos.

A los veintitrés años
ingresó en la Orden del Císter
que había sido fundada pocos
años antes bajo la regla de
San Benito. En ese tiempo,
la Orden solo tenía un mo-
nasterio y, por la dureza de
vida que practicaban, pocos
miembros.

Bernardo era impetuoso,
alegre, inteligente, con una
personalidad que no dejaba a
nadie indiferente. Cazador de
almas y vocaciones, junto con
él se incorporaron al monas-
terio treinta hombres entre sus
familiares y amigos, plena-
mente convencidos de la bon-
dad del ideal que tan encendi-
damente les dio a conocer.

En 1115, el abad Esteban
Harding envió a Bernardo a
establecer el monasterio de
Claraval, una de las prime-
ras fundaciones del Císter.
Fue designado abad, car-
go que desempeñó hasta su

muerte. Su liderazgo era in-
cuestionable. A lo largo de
su vida creó otros sesenta y
ocho monasterios con casi
mil monjes distribuidos por
toda Europa. Fue un hombre
de intensa oración y estudio.
De riquísima vida interior, es
considerado como uno de los
mayores representantes de la
mística medieval.

La predicación en la Igle-
sia medieval era esencial
y Bernardo fue uno de sus
grandes oradores. Se le co-
nocía como Doctor melifluo
(boca de miel). Excelso pro-
pagador del culto a la Virgen
María, tuvo una gran influen-
cia en el desarrollo de la de-
voción a Nuestra Señora. Es
sobradamente conocido su
amor a María, a la que de-
dicó las últimas estrofas de
la Salve: «*Oh clemente, oh
piadosa, oh dulce María*», y
el «*Acordaos*». **Estaba con-
vencido de que se llega al
Hijo a través de la Madre:**
«*per Mariam ad Iesum*». En
uno de sus célebres sermones
sobre la Asunción de la Vir-
gen, describió en términos
apasionados la íntima partici-
pación de María en el sacrifi-
cio redentor de su Hijo: «*¡Oh
Santa Madre, —exclama—
verdaderamente una espa-
da ha traspasado tu alma!...
Hasta tal punto la violencia*

*del dolor ha traspasado tu
alma, que con razón te pode-
mos llamar más que mártir,
porque en ti la participación
en la pasión del Hijo superó
con mucho en su intensidad
los sufrimientos físicos del
martirio*».

En 1153, enfermó del es-
tómago y poco después falle-
ció santamente. Fue canoni-
zado el 18 de junio de 1174
por el papa Alejandro III, y
declarado Doctor de la Igle-
sia por Pío VIII en 1830. Su
fiesta litúrgica se celebra el
20 de agosto.

Una de sus más hermo-
sas oraciones dirigidas a
la Virgen dice así: «*En los
peligros, en las angustias, en
las incertidumbres, piensa en
María, invoca a María. Que
Ella no se aparte nunca de
tus labios, que no se aparte
nunca de tu corazón; y para
que obtengas la ayuda de su
oración, no olvides nunca el
ejemplo de su vida. Si tú le
sigues, no puedes desviarte;
si le rezas, no puedes deses-
perar; si piensas en Ella, no
puedes equivocarte. Si Ella
te sostiene, no caes; si Ella te
protege, no tienes que temer;
si Ella te guía, no te cansas;
si Ella te es propicia, llega-
rás a la meta...*».

*«En los peligros, en las angustias, en las incertidumbres, piensa en
María, invoca a María... Si tú le sigues, no puedes desviarte; si le
rezas, no puedes desesperar; si piensas en Ella, no puedes equivocarte. Si
Ella te sostiene, no caes; si Ella te protege, no tienes que temer; si Ella te
guía, no te cansas; si Ella te es propicia, llegarás a la meta...».* (San Bernardo)



➤ Niños adorando



➤ Ntra. Sra. de Fátima



➤ Primera Aparición del Ángel



➤ Primer mandamiento de la Ley de Dios

"DIOS MÍO, YO CREO, ADORO... Llamada a la Adoración ... ESPERO Y OS AMO"

"Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas y al prójimo como a ti mismo; a Yahveh tu Dios temerás, a Él solo servirás, por su nombre jurarás, porque... un Dios celoso es Yahveh tu Dios que está en medio de ti". (Dt 6, 5.13-15)

La Hermana M^a Lucía de Jesús y del Inmaculado Corazón relata en sus memorias que las apariciones de la Virgen fueron precedidas por la visita del Ángel, quien, en su primer encuentro dijo a los pastorcitos:

— *No temáis. Soy el Ángel de la Paz. ¡Orad conmigo!*

Y arrodillado en tierra inclinó la frente hasta el suelo, que imitamos llevados por un movimiento sobrenatural y repetimos las palabras que le oímos decir:

— *Dios mío, yo creo, adoro, espero y te amo. Te pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no te aman.*

Después de repetir esto tres

veces, el ángel se levantó y dijo:

— *Orad así. Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas.*

Y desapareció.

Quedaron los niños envueltos en una atmósfera sobrenatural tan densa, que los movía a permanecer largos ratos en la posición que el Ángel les había enseñado repitiendo siempre la misma oración.

Es la postura propia del hombre que adora a Dios: Postrado, de rodillas, reconociendo no solo con la inteligencia y la voluntad sino incluso corporalmente que Dios es nuestro Creador y Dueño, a quien debemos adoración, sometimiento, obediencia.

Posteriormente, en su libro «Llamadas del Mensaje de Fátima», la Hermana Lucía aludirá a esta exhortación del Ángel como la base de la llamada a la adoración, que nos lleva a reflexionar sobre el primer mandamiento de la Ley de Dios: «Yo soy Yavé tu Dios [...]. No tendrás otro Dios que a mí. No te harás esculturas ni imagen alguna de lo que hay en lo alto de los cielos, ni de lo que hay abajo sobre la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ella, y no las servirás, porque yo soy Yavé tu Dios, un Dios celoso» (Éx. 20, 2-5). Y dice en otro pasaje: «Servirás a Yavé, tu Dios, y Él bendecirá tu pan y tu agua y alejará de en medio de vosotros las enfermedades» (Éx. 23, 25).

Con esta Ley, Dios nos manda adorarle solamente a Él, porque solo Él es el que es digno de ser adorado por sus criaturas.

Jesucristo, nuestro ejemplo en todo, se negó a prestar adoración a alguien más que no fuese a Dios. Estando Él en el desierto -nos cuenta San Lucas-, después de haber pasado allí cuarenta días y cuarenta noches, orando y ayunando, fue tentado por el demonio que le dice: *«Te daré todo este poder y su gloria, porque me han sido entregados y los doy a quien quiero. Por tanto, si me adoras, todo será tuyo. Y Jesús le respondió: Escrito está: Adorarás al Señor tu Dios y solamente a Él darás culto»* (Lc. 4, 6-8).

Adorar a Dios es, pues, un deber y un precepto que el Señor nos impuso por amor: *«La adoración es el primer acto de la virtud de la religión. Adorar a Dios es reconocerlo como Dios, como Creador y Salvador, Señor y Dueño de todo lo que existe, como Amor infinito y misericordioso. «Adorar a Dios es reconocer, en el respeto y la sumisión absoluta, la “nada de la criatura”, que solo existe por Dios. Adorar a Dios es alabarlo, exaltarle y humillarse a sí mismo, como hace María en el Magnificat, confesando con gratitud que Él ha hecho grandes cosas y que su nombre es santo (cf. Lc 1,46-49). La adoración del Dios único libera al hombre del repliegue sobre sí mismo, de la esclavitud del pecado y de la idolatría del mundo».* (Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 2096 y 2097).

Es cierto que, en el Levítico, el Señor dice: *«No os hagáis ídolos [...] ni pongáis en vuestra tierra piedras esculpidas para prosternaros ante ellos, porque soy yo, Yavé, vuestro Dios»* (Lv

26, 1). Pero es preciso no confundir esos ídolos, a los cuales Dios aquí se refiere, con las imágenes de Cristo, de Nuestra Señora y de los Santos. Nosotros no prestamos ni debemos prestar culto de adoración a ninguna de estas imágenes. Solo las estimamos por lo que representan y nos recuerdan, como estimamos el retrato de nuestros padres, de nuestros hermanos y personas amigas. Los colocamos en los lugares más dignos de nuestra casa, para verlos mejor y para que las personas que nos visitan los vean y recuerden también. Las imágenes de Jesucristo, de Nuestra Señora y de los Santos las estimamos porque nos recuerdan a las personas que representan, sus virtudes, su doctrina, y así nos animamos a seguir sus ejemplos.

En el Apocalipsis, San Juan nos cuenta esta visión que tuvo: *«Vi también como un mar de cristal mezclado con fuego, y a los que vencieron a la bestia y a su imagen y al número de su nombre, que estaban en pie sobre el mar de cristal llevando las cítaras de Dios. Y cantaban el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: ¡Grandes y admirables son tus obras, Señor, Dios omnipotente! ¡Justos y verdaderos tus caminos, Rey de las naciones! ¡Quién no temerá, Señor, y glorificará tu nombre? Porque solo Tú eres Santo, porque todas las naciones vendrán y se postrarán en tu presencia».* (Ap 15, 2-4).

Éste es el cántico de nuestra adoración ante Dios. La adoración se funde con el amor, con el reconocimiento, con la gratitud, porque a nadie más debemos tanto como a Dios. Lo adoramos con fe porque creemos en Él. Lo bendecimos

con esperanza, seguros de que de Él nos ha de venir el bien. Le damos gracias con amor porque sabemos que fue por amor que Él nos creó, que es por amor que nos conserva la vida y fue por amor que nos destinó a la participación de su propia vida divina. Nuestra adoración debe ser un cántico de perfecta alabanza porque, aun antes de que existiéramos, ya Él nos amaba y fue movido por ese amor que nos dio el ser.

Nadie como la Virgen Santísima adoró a Dios. Por eso, Ella exalta de júbilo en el Magnificat y exclama: *«Mi alma engrandece al Señor».* Cuando Dios ocupa todo mi corazón, Él se hace grande en mi vida. Por el contrario, cuando amo otras cosas que no son Dios, lo hago pequeño pues no le dejo espacio en mi alma. Como María Santísima vivía de Dios y solo para Dios, lo adoraba con todos sus pensamientos, sus palabras, sus acciones... su vida quedó convertida en un acto perenne de adoración y, por tanto, pudo exclamar con gozo: *«Mi alma engrandece al Señor».*

La Virgen nos recuerda en Fátima que toda nuestra vida debe convertirse en adoración. Vivamos, pues, hacia adentro. Allí está, en lo profundo de nuestra alma, Dios.

Adorar es vivir la forma más perfecta de mi condición de hombre. Tu valor lo da tu adoración. Tú vales tanto cuanto consigas ser adoración.

Adorar a Dios es bajar los ojos ante su presencia. Nunca el hombre es más grande que cuando, de rodillas, adora a su Dios.

La generosidad de María

CON QUIENES SE CONSAGRAN A ELLA



¡Ella es Madre de Dios para obtenerlo todo
y Madre nuestra para concedernos todo!

La Virgen María confió a los pastorcitos el amor de predilección que su Inmaculado Corazón tiene por las personas que se consagran a Ella, y el puesto tan alto que alcanzarán ante el trono de Dios:

“... Él quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. A quien la abrace, le prometo la salvación; y estas almas serán amadas por Dios, como flores puestas por mí para adornar su trono”. (Memorias de Lucía. Aparición del 13 de junio de 1917)

San Luis M^a Grignon de Montfort también explica estas verdades consoladoras en su Tratado de la Verdadera Devoción:

“Siendo la excelsa María la más noble y generosa de todas las puras criaturas, jamás se deja vencer en amor ni generosidad. Ella, como dice un santo devoto, “por un huevo te dará un buey”, es decir, por lo poquito que le damos nos dará, en retorno, mucho de lo que ha recibido de Dios. Por consiguiente, si te entregas a Ella sin reserva y pones en Ella tu con-

fianza, sin presunción y trabajando por tu parte para adquirir las virtudes y domar tus pasiones, Ella se dará a ti totalmente.

Que los fieles servidores de María digan, pues, abiertamente, con San Juan Damasceno: “Si confío en ti, ¡oh Madre de Dios!, me salvaré; protegido por ti, nada temeré; con tu auxilio combatiré a mis enemigos y los pondré en fuga, porque ser devoto tuyo es un arma de salvación que Dios da a los que quiere salvar”.

Después, el Santo sigue explicando los oficios tan maternales y poderosos de Santa María. Ella es Madre de Dios para obtenerlo todo y Madre nuestra para concedernos todo.

Al comentar la historia de Rebeca y Jacob, como imagen de nuestras relaciones con la Virgen –Dios quiera que no estemos representados en Esaú–, explica los oficios de tan buena Madre en el plano espiritual: amor, manutención, guía, defensa, intercesión.

Ella nos ama:

Sí, porque somos fruto de su Fruto, redimidos por la Sangre preciosa de Jesucristo. Porque es verdaderamente nuestra Madre en el plano de la Vida auténtica y eterna. Porque nosotros también le damos nuestro amor, y le hemos consagrado a Ella todo nuestro ser, y Ella es agradecida.

Este amor es más tierno que todas las madres juntas, generoso, desinteresado, dulce... Y no se queda en afectos sino que es eficaz: logra que sus hijos obtengan la divina bendición.

Como María ve en la luz de Dios todas las circunstancias, espía todas las ocasiones favorables para hacernos bien y librarnos de todo mal. Un ejemplo práctico: Cuando le pedimos algo, si Ella ve que será para nuestro bien, lo otorga; pero, si nos hará mal, entonces no nos da eso sino otra cosa mejor. Recibamos con fe y gratitud esas muestras de amor.

Nos ayudará a acabar de vencer

nuestros vicios, el espíritu mundano, el apego a las criaturas y purificarnos de todo pecado, en una palabra: 'inmaculatizarnos'.

Ella nos mantiene:

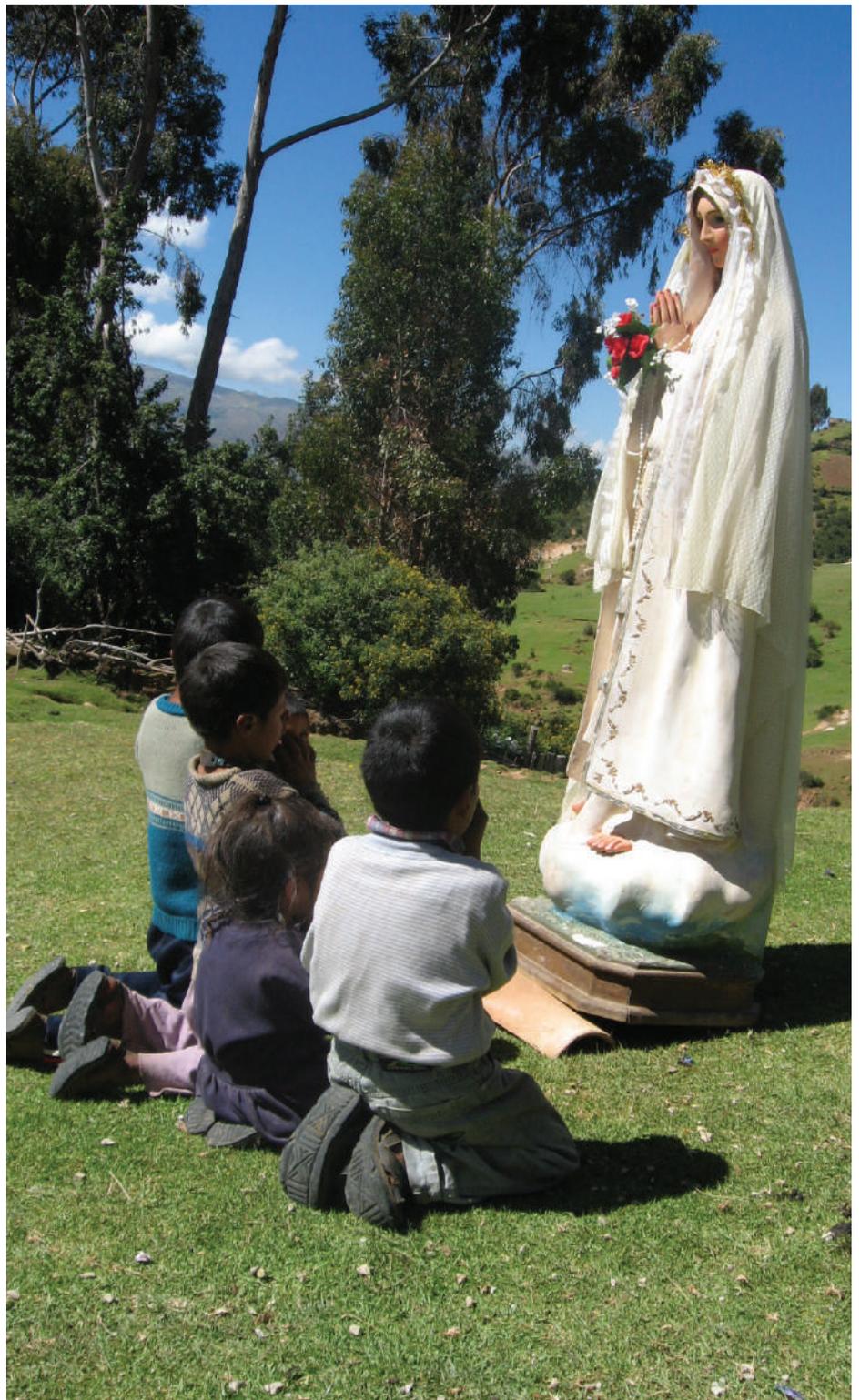
Luego, ya limpios, nos viste y perfuma con las virtudes de su Hijo primogénito, Jesús, pues Ella es la tesorera, la Mediadora de todas las gracias. Como buena Madre, proporciona doble vestido para que no pasemos frío: los bienes necesarios de cuerpo y de alma. Nos alimenta con los manjares exquisitos de la mesa de Dios: sobre todo el Pan de Vida, la Eucaristía, que Ella ha formado.

Ella nos guía y nos defiende:

Es Madre del Buen Consejo. Nos inspirará lo mejor, lo que agradará más a nuestro Padre, y así alcanzar más méritos y más gloria. Nos indica: *'Haced lo que Él diga'*. Como radiante Estrella del mar, María da luz para que podamos evitar los peligros de nuestra salvación, los escollos y pasos peligrosos. Ella sostiene a sus hijos cuando van a caer, o les ayuda a levantarse con prontitud si incurrieron en pecado. Si hace falta, amorosamente nos corrige y educa. ¿Podrá extraviarse un hijo que obedece a María?

Como Rebeca libró a Jacob de la muerte que su hermano Esaú quería darle por envidia, así María protege a sus fieles como gallina a sus polluelos, se abaja a ellos, los acompaña en su caminar, *"fuerte como ejército en orden de batalla"*.

Con esa buena disposición que Ella realiza, nos podremos pre-



sentar ante Dios y recibir su bendición, como hijos verdaderos y predilectos.

Ella intercede por nosotros:

Habla bien de nosotros a su Hijo y le pide favores. Es el mayor bien: aplacar a Dios con sus ruegos para que nos perdone y nos reciba satisfecho.

¡Claro, la obra será sobre todo de María! Requiere nuestra colaboración, pero ¡es tan dulce y llevadero seguir los impulsos de tal Madre, ir por la Vía de María! Agarrados a la mano de la Madre Fiel, es fácil perseverar.

¡Santa María jamás se deja vencer en generosidad!

JESÚS REMUNERADOR

Vendrá a juzgar a vivos y muertos

Al finalizar el Año Litúrgico se impone el pensamiento de la vigilancia cristiana, y, por ende, de la vida presente vivida como espera y preparación de la futura. En otras palabras: el acontecimiento del fin del tiempo, el retorno glorioso de Cristo y la restauración en Él de todas las cosas. Y todo el afán de nuestra Madre, la razón de ser de sus apariciones y su mensaje en Fátima es prepararnos para ese destino final.

En el Evangelio, en distintas ocasiones, se hace alusión a Jesús como el que ha de venir nuevamente a la tierra, no ya como un Niño, sino en calidad de Juez, sentado en un trono de gloria: *«y se reunirán en su presencia todas las gentes, y separará a unos de otros, como el Pastor separa a las ovejas de los cabritos»* (Mt 25, 31-32). Entonces *«dará a cada*

uno según sus obras» (Mt 16, 27). Y esto, porque *«el Padre no juzga a nadie, sino que ha entregado al Hijo todo su poder de juzgar»* (Jn 5, 22).

Nuestro Señor Jesucristo es Rey y Juez del universo. Así lo profesamos cada domingo en el Credo de la Santa Misa. Y vendrá al mundo a establecer definitivamente su reinado. Vendrá inesperadamente.

Y pedirá cuenta: *«No juzgará por las*

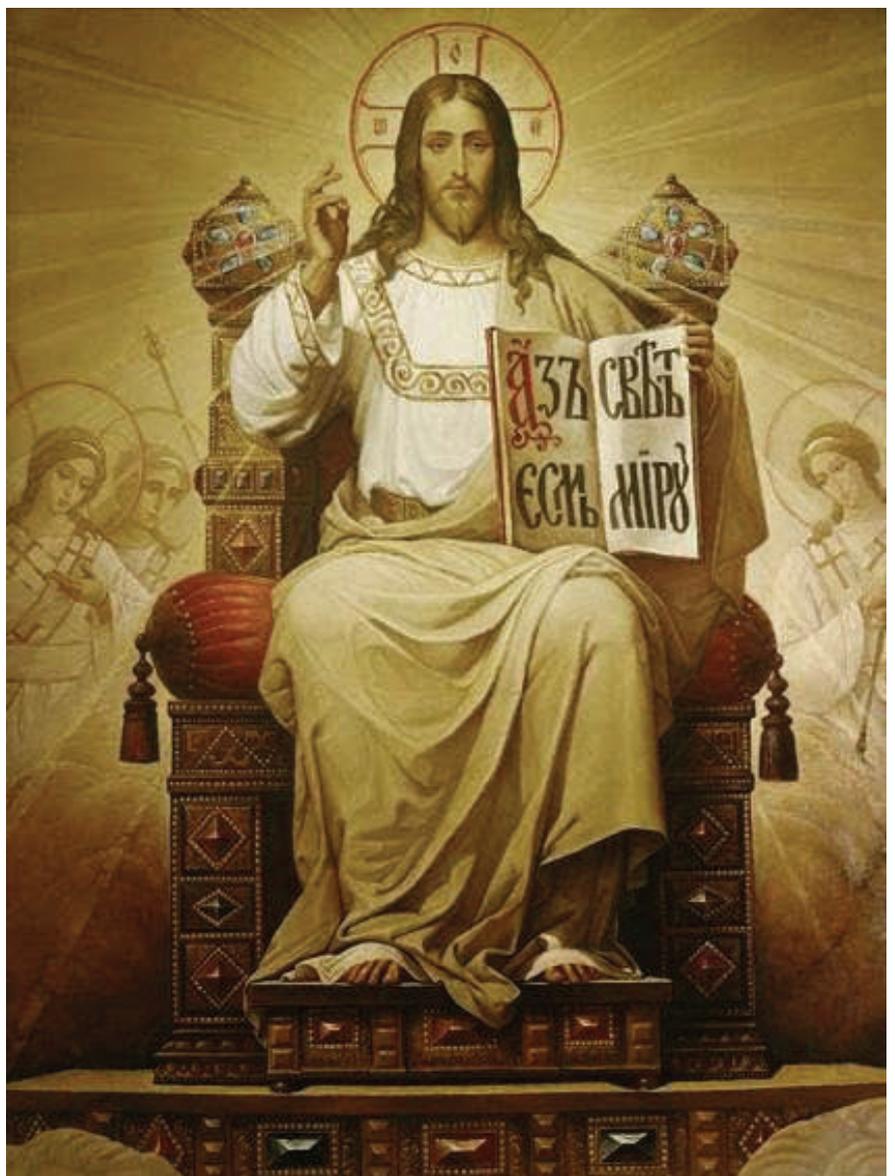


apariencias, ni sentenciará de oídas. Juzgará con justicia a los débiles y sentenciará con rectitud a los humildes de la tierra» (Is 11, 3-4).

No se trata de vivir bajo el yugo del miedo, sino en el santo temor de Dios, una llamada a la responsabilidad de nuestra vida. Nuestro destino eterno se decide aquí, con nuestras obras. Hay que estar vigilantes y responder a la misión, a la vocación que Dios nos ha dado, con diligencia, sin pereza, con alegría.

Este es uno de los motivos de nuestra consagración mariana. Con su ejemplo, imitando sus virtudes, se hace fácil el camino. Ella nos llevar al encuentro con Dios, como hijos que guardamos todo lo que Jesús, su Hijo, nos ha mandado para recibir el premio más esperado que es la felicidad eterna en el cielo.

En la catequesis del 30 de septiembre de 1987, San Juan Pablo II, enseñaba que «una “materia” fundamental del juicio son las obras de caridad con relación al hombre-prójimo. Cristo se identifica precisamente con este prójimo: “Cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 40); “Cuando dejasteis de hacer eso..., conmigo dejasteis de hacerlo” (Mt 25, 45). Según este texto de Mateo, cada uno será juzgado sobre todo por el amor. Pero no hay duda



de que los hombres serán juzgados también por su fe: “A quien me confesare delante de los hombres, el Hijo del hombre le confesará delante de los ángeles de Dios” (Lc 12, 8); “Quien se avergonzare de mí y de mis palabras, de él se avergonzará el Hijo del hombre cuando venga en su gloria y en la del Padre” (Lc 9, 26; cf. también Mc 8, 38)».

La caridad y la fe. Dos virtudes de las que la Santísima Virgen es Maestra eximia. Santa María vivió la caridad, el amor a Dios y al prójimo, con diligencia, sin

pereza, con interés, con esfuerzo y ardor, con cuidado y delicadeza.

Ella es, además, la Mujer feliz por haber creído, la digna de ser alabada a causa de su fe.

Por eso, acudimos a su intercesión materna y todopoderosa para que nos enseñe a vivir, conscientes de que un día, tal vez no lejano, estaremos en la presencia de su Hijo Divino para dar cuenta de nuestras obras. Nuestro destino eterno lo decidimos cada día con nuestras obras de fe y amor.

La santidad de Dios

Entre todas las cualidades del ser de Dios que señala la Sagrada Escritura, resalta extraordinariamente la «santidad»: Dios es el santo, es decir, el grandioso, el inaccesible, el imponente, el maravilloso, el superpotente. «Terrible entre los santos, temible por sus proezas, autor de maravillas» (Ex 15, 11; Sal 2, 2).

Santo es Dios en cuanto que está por encima de todo lo que se puede pensar, por encima de todo el universo. Dios Santo es oposición a todo lo no perfecto, lo impuro. Dios es santo en cuanto excluye toda impureza.

Ser Dios santo es ser Dios fuego devorador de todo lo que es pecado, de todo lo que no es Él. El pecado es el audaz e inconcebible menosprecio del Dios Santo. ¡Qué terrible es el pecado!

Ser Dios Santo es ser indignación contra el pecado, juicio condenatorio del pecado, justa ira. Pero del pecado, no del pecador.

Porque ser Dios Santo es ser también amor misericordioso, comprometido, fiel. Es ser el lleno de amor sin medida, el poderoso para poner siempre a nuestro alcance caminos eficaces de salvación.

Y ese Dios tres veces Santo nos llama y nos dice: «*Sed pues santos, porque Yo soy santo*» (Lv 11, 45). «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt 5, 48). «*Este es pues, el querer de Dios: vuestra santificación*» (1Ts 4, 3).

*¡Ideal espléndido!
Pero..., ¿cómo cumplir
en nosotros este manda-
to de Dios? ¿Cómo
hacer para llegar a ser
santo si soy tan débil?
Nuestra solución
es María.*



«AL CABO DE CUARENTA AÑOS, SE LE APARECIÓ UN ÁNGEL EN EL DESIERTO DEL MONTE SINAÍ, SOBRE LA LLAMA DE UNA ZARZA ARDIENDO. MOISÉS SE MARAVILLÓ AL VER LA VISIÓN Y, AL ACERCARSE A MIRARLA, SE DEJÓ OÍR LA VOZ DEL SEÑOR: “YO SOY EL DIOS DE TUS PADRES, EL DIOS DE ABRAHAM, DE ISAAC Y DE JACOB”. MOISÉS TEMBLABA Y NO SE ATREVÍA A MIRAR. EL SEÑOR LE DIJO: “QUÍTATE LAS SANDALIAS DE LOS PIES, PUES EL LUGAR QUE PISAS ES SANTO”».

(HCH. 7, 30-33)

mos decirle: “si me pierdo y caigo en el infierno, otros me seguirán. Pero si tú me das la mano, podré ser un gran santo y atraer a otros hacia el Cielo”»

Al consagrarnos a María Santísima, nos hacemos participantes de su misma santidad:

«Quien se ha consagrado a Ella de modo de veras perfecto ya ha logrado la santidad y, cuanto más perfectamente se deja conducir por Ella tanto en la vida interior (espiritual) como en la exterior (la actividad apostólica), tanto más participa de la santidad de Ella». (San Maximiliano Kolbe)

Virgen Inmaculada, la Santísima Trinidad se esconde en Ti, y Tú posees al Padre, exhibes al Hijo y eres comunicadora del Espíritu Santo. Tu sola presencia santifica; eres portadora del tres veces Santo, el uno y único Dios. Mora en nosotros e, infaliblemente, ¡seremos santos!



María canta en el Magnificat: *«Porque el Poderoso ha hecho cosas grandes en mí para mí, su Nombre es Santo»* (Lc 1, 49). Ella nos señala el camino: Dios es el capaz de actuar lo grande, lo que llena y colma, lo que hace feliz sin peros, sin sombras.

María está en medio, entre Dios y el hombre, para unir a los hombres con Dios. El oficio de María es ayudar a su Hijo a salvar la distancia infinita entre el Dios tres veces santo y el hombre pecador. María, como mediadora y corredentora, es la depositaria y dispensadora de la salvación que Jesús nos mereció.

Por eso San Maximiliano Kolbe no se cansa de repetirnos que la unión con el Dios de la santidad inmaculada tres veces santa es posible mediante la unión con la Virgen de Corazón Inmaculado:

«Cuanto más débiles seamos, mejor, puesto que la Inmaculada es la “encarnación” de la Misericordia divina. Si hubiera un alma sin esperanza alguna y de la que uno se preguntara qué va a ser de ella, María la elevaría hacia la santidad aun cuando esta alma ni siquiera pensara en ello. Aunque seamos muy débiles, debemos tender a la santidad; debe-

*“Todo lo que hagamos
por nuestra Santísima Madre, bien hecho está”*

M. M^a Teresa De Simone



**1-4 Argentina, 5-6 Brasil, 7-8 Chile, 9-12 Perú (Cusco, Oropesa, Yacay),
13-14 Puerto Rico, 15-16 Venezuela.**

Este Boletín se distribuye gratuitamente.

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org

www.reinadodemaria.org

